

Loopy Teller Studio

EL DÍA DE LOS INFLUENCERS VIVIENTES



TINTA
algar

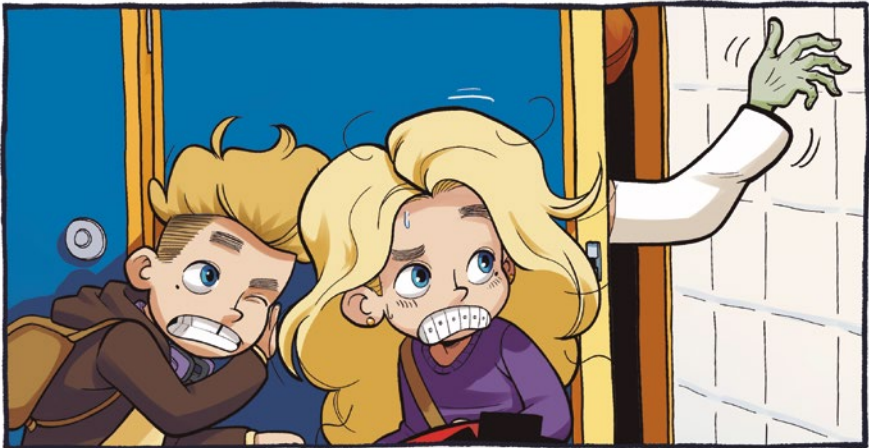
1

LA APP MISTERIOSA

Hoy iba a ser un lunes como otro cualquiera en el IES Romero de los Desamparados. Un aburrido lunes más, pero peor, porque tenía examen de Ciencias Naturales a segunda hora, y de esa forma es imposible empezar bien ningún lunes.

¡Pero qué maleducada! Perdona, me presento:

Mi nombre es Nazaret y tengo doce años, y en estos momentos estoy encerrada en el aula de castigo de mi instituto, asediada por una horda de **influencers vivientes** sedientos de casito.



¿Que no sabes lo que son? Claro, yo esta mañana tampoco tenía ni la más remota idea... Y seguro que te preguntas cómo he llegado a encontrarme en este problemón. Todo ha empezado nada más levantarnos...

Mi hermano Kike y yo nos despertamos como cada mañana:



En la misma postura y con la misma cantidad de baba colgando (serán cosas de mellizos, imagino).

Nos parecemos mucho físicamente, aunque le saco un centímetro de altura, algo que jamás reconocerá.



Cada mañana nos despertamos y apuramos hasta el último minuto en la cama.



¡QUE SE LE VAN LAS VITAMINAS AL ZUMO! IDAOS PRISA O LLEGARÉIS TARDE!



Los adultos piensan que aún nos creemos lo de las vitaminas del zumo, pero tanto Kike como yo lo buscamos en internet, y es una leyenda urbana. Eso y lo del corte de digestión, otro *creepypasta* (todo niño sabe que en realidad lo que quieren nuestros padres es tenernos controlados en la playa mientras echan la siesta).

Después desayunamos, a veces a la vez, a veces por turnos. Como todos los días, esta mañana mamá ha sido la primera en levantarse y desayunar viendo las noticias de deportes (lo que hace siempre que no haya perdido su equipo). Hoy tenía puesto el canal 24 Horas, que suele ser un rollazo tremendo, pero de repente un señor MUY mayor y que seguro que huele como el yayo, ha empezado a hablar de que las redes sociales podrían lavarles el cerebro a los jóvenes. En fin, BOOOOMEER. No hemos discutido mucho con mamá, porque era muy temprano como para pensar.

—¡Gracias por la info, crack! —contesto a la tele mientras reparto los churros del día anterior entre mi hermano y yo.

—¡Vosotros reíos! Os vais a quedar alelados con tanta pantallita y más blancos que Drácula, ¡que no os da el sol! —Mamá siempre saca a Drácula a pasear en cuanto puede.

—No sé, mamá. Tú también estás enganchada a las telenovelas turcas y también estás bastante blanca. —Se ruboriza. Mi comentario es cien por cien efectivo.

Por ese tipo de cosas, Kike y yo solemos desayunar con nuestras propias «noticias» de TokTok, Instantáneogram y MyTube, mientras nos bebemos el zumo y zampamos churros, magdalenas o lo que nos pongan delante.

—En serio, chicos. Estáis obsesionados con los móviles. Anoche salía una luz roja por debajo de la puerta de vuestra habitación... y la luz de vuestro flexo es blanca, así que seguro que no estabais estudiando. —A mamá no le gusta que estemos mucho con los móviles, y menos por la noche. Siempre dice que nos trastocan los ciclos circadinosequé.

—¡Pero si no tocamos los móviles, mamá! Tenemos examen a segunda hora, ¿recuerdas? —ha protestado Kike, sin muchas esperanzas de convencerla.

—¿Y de dónde venía esa luz, señorito? Cuando abrí la puerta para pillaros con las manos en la masa, todo estaba a oscuras y vosotros, «dormidos». —A ese «dormidos» le ha acompañado un gesto de comillas con los dedos tan fuerte que incluso ha sonado un chasquido de huesos en la cocina—. Pero ya sabéis que hay una cosa que no falla —prosigue mamá, mirando con complicidad a papá, que entra en ese momento en la cocina...

—¡La prueba del algodón, pequeños diablillos! ¿Cómo van de batería vuestros móviles? —pregunta papá mientras extiende su mano derecha. Es su revisión matutina: nuestros padres nos quitan los cargadores de los teléfonos por las noches, y, de esa manera, se aseguran de que si nos quedamos hasta tarde jugando a algún videojuego o viendo algún vídeo por internet, no tengamos batería para el recreo del instituto al día siguiente. Es como un castigo divino: cruel, pero merecido y justo.

Así que nos resignamos a darle nuestros teléfonos, como esos presos de las películas que dan todas sus pertenencias a los carceleros antes de entrar en prisión. Pero

cuando levantamos la mirada del suelo y nos fijamos en su reacción, vemos que papá pasa de una mirada de superioridad moral a una mirada contemplativa, y, posteriormente, a una mirada de absurda credulidad (con ligeros tics de orgullo, debo añadir).

–Están limpios, cariño. –Se gira hacia mamá–. Dicen la verdad. –A papá le encantan las pelis policiacas y disfruta mucho haciendo de poli, como ahora. Debería dejar de ver tantas películas de *Arma letal*.

–Bueno, pues me alegra oír eso. Quizá venía de la ventana del vecino que da a vuestra habitación. Pero de verdad, era una luz roja muy intensa que desapareció nada más abrir la puerta –se justifica mamá, aún preocupada.

Hay que decir que mamá no es muy buena detective, pero lo intenta, y, a decir verdad, yo tampoco sé a qué se refiere con eso de la luz roja.

–Puedes devolverles los móviles, mazapán. –Sí, mamá llama mazapán a papá, para nuestra vergüenza, mientras le acaricia la barbilla con su dedo índice. En serio, papá, mamá, STOP, por respeto a vuestros hijos.

–Y recordad que ayer por la tarde instalaron en el instituto el nuevo wifi que pedimos la AMPA. Así que, por favor, conectaos a él y no gastéis datos, que luego vuestra factura la pagamos nosotros y no somos el Banco de España.

Nosotros asentimos mientras papá nos devuelve los móviles. Un nuevo wifi en el instituto, menos mal... ¡el antiguo iba a pedales! En ese momento, Kike desbloquea el móvil y frunce el ceño. Algo no parece estar en su sitio.

–Oye, Nazz, ¿has visto esto?
–dice Kike, sin quitar la vista de su móvil, con el ceño fruncido.

–Pues, si no quitas el dedapio, no puedo ver nada, hijo.

Cuando Kike levanta su dedo índice, deja ver un logotipo de colores rojo y verde, de lo que parece una aplicación móvil: **INFLUGRAM**.

–Qué extraño. Esto no estaba aquí anoche. ¿Se habrá descargado por alguna actualización del móvil?

–Ni idea... ¿No será porque te metes en páginas de esas... «raras»? –contesto con una sonrisa socarrona de oreja a oreja.



Enfadado, Kike me quita el móvil de entre las manos y empieza a husmear en él.

—¡Eh, eh, para, que ahí hay cosas privadas! —Ahora la que se apura soy yo, porque en lo profundo, en lo MUY profundo de mi móvil, tengo guardados unos vídeos bastante salseantes sobre cierta confesión de amorío que tampoco te voy a contar ahora mismo...

Al segundo, pone cara de triunfo y yo empiezo a ponerme nerviosa, a enrojecer, y me suben unos calores desde la punta de los pies a la cabeza que creo que me voy a morir. «¡Ha encontrado los vídeos! Pero ha sido demasiado rápido, ¿¿no??».

—¡Lo sabía! ¿Ves, doña Sabionda? ¡Tú también la tienes instalada! —dice mientras me acerca la pantalla tan cerca de la cara que siento el calorcito que desprende.

Desconcertada, observo lo que me está señalando y suelto de golpe todo el aire que había tomado: se refiere a la app esa nueva... ¡Yo también la tengo instalada!

Bueno, falsa alarma, esperemos que papá y mamá no se hayan dado cuenta de nada...

—¿Cómo voy a tener instalada una app que ni siquiera conozco? —contesto, molesta porque me haya mirado el móvil, mientras se lo arrebato de un manotazo—. Jolines, pues es verdad... ¡Qué raro! ¿Qué será?

—No sé, pero suena chulo. ¡YOLO! —responde mi hermano muy entusiasmado—. ¡Voy a registrarme! Si somos de los primeros, seguro que hay alguna recompensa... ¿Se nos habrán adelantado Gemixii07 o LukaGames? Siempre están a la última esos dos.

—¿Pero de qué habláis? —solloza papá mientras esconde la cabeza entre los brazos—. Cariño, yo es que ya no los entiendo con sus memes y sus stories y todas esas palabras raras en inglés... ¿Por qué no pueden ser normales?

—Ay, mi mazapancito. Esto es lo normal ahora, solo que tú no estás actualizado.

—Ni lo voy a estar nunca. A mí, que me llega un SMS y apago el móvil, como para meterme en el TusTuk o alguna cosa de esas, que están todo el día bailando y haciendo el mono. ¡No entiendo a esta juventud! —continúa papá tirándose de los pelos.

—¡Mirad cómo se ha puesto vuestro padre! —dice mamá mientras se levanta de la mesa y nos obliga a hacer lo mismo—. Ya vais con el tiempo justo. Lavaos los dientes y volad al instituto, o llegaréis tarde. —Nos empuja por el pasillo al baño, sin que podamos resistirnos—. ¡Espero que os vaya muy bien el examen! Cuando volváis, me contáis cómo os ha ido, y, si me gusta lo que oigo, puede que esta noche haya premio.

—¡Uy, yo sé qué significa eso! ¡Más os vale hacer bien ese examen! —contesta papá desde la cocina.

—¡Valeeeee! —contestamos Kike y yo a la vez. El premio del que habla mamá suele ser nuestro plato favorito: tortilla de patatas con alitas de pollo. Esta mañana más que nunca, imploro a los dioses de las Ciencias Naturales que nos pongan un examen fácil. Bueno, se lo imploro a ellos o a la profesora Savini.

Cargados como mulas con todos los libros, las libretas, los apuntes, las migas de churro y babas de nuestros

padres en las mejillas (¡UGH!), salimos de casa dispuestos a comernos el mundo, el examen de Ciencias Naturales y los sándwiches de papá. Cuando den las dos de la tarde, todo habrá acabado. Tengo la sensación de que va a ser un día largo, igual que cuando montas en un ascensor con un vecino y, viviendo en un séptimo piso, te aguantas un pedo. Ya sabes, aunque el trayecto sea corto, se te hace eterno. Para mí, eso era este lunes, aunque la promesa de unas alitas de pollo lo mejoraba.

Lo que no imaginaba es que el examen sería el menor de nuestros problemas de hoy.